

De la banalidad del mal al capitalismo gore. Reflexiones en torno al *totalitarismo del mercado*

Christian Guillermo Gómez Vargas ¹

¹Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

Ciudad de México, México

E-mail: elespiritudeltiempo1@filos.unam.mx

<https://orcid.org/0000-0003-1445-9384>

Resumen: El presente texto indaga algunos de los elementos del análisis fenomenológico del totalitarismo, siguiendo a Hannah Arendt, tales como los conceptos de sociedad secreta a la luz del día, la banalidad del mal y el mal radical; elementos que la autora desarrolló en sus reflexiones en torno a la política totalitaria. Empero, el presente texto vincula dichas nociones del análisis de Arendt, con mecanismos contemporáneos del imperialismo del mercado –neoliberalismo–, los cuales apuran parecidos de familia en torno a la demanda de construcción de una subjetividad que posibilita dispositivos de generación de valor, hasta alcanzar su culmen, mediante la confección de una subjetividad orientada a la producción de la muerte –lo que se comprende en términos de capitalismo gore–, siguiendo la definición de Zayak Valencia. Categoría del capital entendido, no como una anomalía en la generación de riqueza dentro de la lógica de creación de valor capitalista, sino que esta representa su postrero horizonte. La muerte, la producción del cadáver, mediante *necroemprendimientos* que articulan y configuran un sistema de instauración de valor, sobre todo en espacios fronterizos y zonas precarizadas de naciones en vías de desarrollo, comprendido esto como el último estadio de la dinámica del capital. Entonces, la lógica interna del neoliberalismo mundial, deviene en formas totalitarias, que mantienen la violencia –conducida por grupos criminales y de poder–, como el fundamento del capital y su auténtica silueta.

Palabras clave: Arendt, violencia, *necroemprendimientos*, subjetividad, cadáver, neoliberalismo.

Abstract: The present article researches some of the elements of the phenomenological analysis of totalitarianism, following Hannah Arendt. Such as the concepts of secret society in plain sight, banality of evil and radical evil; elements that the author developed in her reflections on totalitarian politics. However, the text links those notions, from Arendt's analysis, with contemporary mechanisms of market imperialism -neoliberalism-, which bring about family resemblances around the need for the construction of a subjectivity that enables value-generation devices, until reaching its culmination, through the configuration of a subjectivity oriented to the production of death -which is understood in terms of gore capitalism, according to Zayak Valencia's definition. A category of capital understood not as an anomaly in the generation of wealth within the logic of capitalist value creation, but as representing its ultimate horizon. Death, the production of the corpse, through *necro enterprises* that articulate and set up a system of value creation, especially in borderline areas and precarious zones of developing nations, is understood as the last stage of the dynamics of capital. Thus, the internal logic of global neoliberalism becomes totalitarian forms which maintain violence -driven by criminal and power groups- as the ultimate foundation of capital and its authentic silhouette.

Keywords: Arendt, violence, necro-enterprises, subjectivity, corpse, neoliberalism.

Introducción

Zayak Valencia define el capitalismo gore como una “reinterpretación dada a la economía hegemónica y global en los espacios (geográficamente) fronterizos” (Valencia, 2010:15). El gore es una expresión que alude a un tipo de cine de terror que hace énfasis en la violencia y el derramamiento de sangre extremo, en el que la espectacularización de la violencia artificial, mutilación, etc., son cualidades que tratan de mostrar la fragilidad y vulnerabilidad del cuerpo humano (McCarty, 1984: 36). De modo que para Valencia (2010) el concepto de capitalismo gore refiere a un tipo de teorización sobre los nuevos procesos del capitalismo, pero desde la perspectiva de las naciones consideradas del tercer mundo, naciones que proveen de mano de obra barata a las naciones desarrolladas y que también son grandes generadores de migración (Valencia, 2010). Así, se hace alusión a una forma de capitalismo que se ejerce en zonas deprimidas económicamente y marginadas (como es la frontera norte de México con Estados Unidos), bajo la impronta de perseguir modelos económicos neoliberales, pese a que estos han mostrado su estrepitoso fracaso o inclusive su agotamiento en múltiples regiones del planeta (García L., 2017:183-186). No obstante, señalamos, a diferencia de Valencia (2010), que el capitalismo gore sigue una dinámica no contraria o inversa de los valores de la lógica del capital más habitual, comprendida como una formación anómala den-

tro del horizonte de sentido de la globalización, sino que dichas formas de generación de valor reactivas, aluden a lógicas del mercado como su rostro más acabado o formación epítome. Representaciones del capital –en su último estadio neoliberal– que alcanzan la forma de necroemprendimientos, en el que la mercancía adviene en su última ordenación fenoménica, no a través del intercambio de información por medio de las plataformas digitales, como sucede con la economía bursátil y especulativa del capitalismo tardío, sino que –más bien– la producción de la muerte, el asesinato, el secuestro, el tráfico de órganos, etc., es lo que se considera la generación del *producto o pieza*, por parte de algunos grupos criminales. Mediante un tipo de generación de valor que entreteje modelos de subjetividad vigente y válida a través de la impronta de la producción de riqueza bajo cualquier condición y medio. En este contexto, sostiene Banerjee:

Algunas prácticas capitalistas contemporáneas contribuyen a la desposesión y la subyugación de la vida al poder de la muerte en diversos contextos, por ejemplo, en la organización y gestión de la violencia global mediante el uso creciente de fuerzas militares privadas [...]. (Banerjee, 2008:4)

Se tratan de prácticas de generación de valor que están en consonancia con lo que considera Valencia (2010) como formaciones de la “subjetividad endriaga” (Valencia, 2010:58). Por subjetividad endriaga Valencia (2010) entiende una configuración de sujeto que se detenta como válido en el entramado de la lógica de mercado conducida hasta sus últimas consecuencias, es decir, sujetos que se forman en la violencia y criminalidad lo que, a su vez, representa la demanda del tipo de subjetividad que requiere el núcleo duro del capitalismo –su motor oculto–, entendido este como su rostro más elocuente. Sujetos que contravienen las lógicas de lo lícito e ilícito, de lo moral e inmoral, etc., y cristalizan todo su sentido y actuar en competencias de generación de riquezas bajo el andamiaje de que todo es permitido, aún la producción de la muerte en términos de generador de valor: *necroemprendimientos*. Empreimientos necro que se hallan bajo las dinámicas del control soberano, tal como lo entendía Mbembe (2011): “ejercer un control sobre la mortalidad y definir la vida como el despliegue del poder” (Mbembe, 2011: 20). Ejercicios de dominio soberano que a la postre poseerán parecidos de familia con fenómenos manifiestos desde una óptica del totalitarismo, siguiendo el análisis de Arendt (1951/1998), fenómenos que se solidifican en el andamiaje del imperialismo de mercado de la actualidad.

El presente texto tiene la finalidad de vincular algunas características de la fenomenología del totalitarismo, siguiendo el análisis de Arendt (1951/1998), con formaciones del capital tardío, comprendido en términos de *imperialismo neoliberal* o totalitarismo del mercado, el cual alcanza su transformación más acabada a través de la figura de los necroemprendimientos. En el sentido de que prácticas de control soberano, como lo expresaba Mbembe (2011) –las cuales se implementan desde el periodo colonial–, fungen como tecnologías de destrucción del cuerpo, a través del control soberano de dejar vivir hacer morir. Prácticas que, en las formas del capitalismo tardío, advienen

los mecanismos de producción del valor, no mediante la formación de relaciones de explotación-producción-consumo, en el sentido tradicional de la creación de valor, sino que los grupos de criminales, mediante la producción de la muerte: la generación del cadáver, alcanzan el postrero mecanismo de procreación de la riqueza en el espacio del capitalismo neoliberal contemporáneo.

Se enfatizarán algunos aspectos del análisis de los orígenes del totalitarismo de Arendt (1951/1998), conceptos como a) sociedad secreta a la luz del día, b) tecnológicas del terror, c) disolución de la condición humana, d) neutralización de la libertad, e) ejercicio de control soberano, d) sentido de totalidad sin alteridad, e) banalidad del mal, son algunas de las categorías que pueden ser aplicadas a las formaciones del capital tardío en su modalidad de *necroemprendimientos*, desde un horizonte que corresponde a fenómenos de totalitarismo de mercado.

Estado mínimo: potencializador de emprendimientos gore

Las formas de los *necroemprendimientos* representan mecanismos distópicos de formación de capital, bajo la égida del capitalismo gore “mercado negro, tráfico de drogas, armas, cuerpos, etc”. (Valencia, 2010:20). Se trata de “acciones que reinterpretan y crean campos distintos a los válidos y que influyen en los procesos políticos, públicos, oficiales, sociales y culturales” (Valencia, 2010:20). Es el momento en el que la violencia nuda recrea mecanismos de generación de capital, mediante un tipo de sujeto que se empodera a través de las vías ilícitas del crimen, de los medios de producción, de los generadores de valor, ejercicio contrario a la apropiación de los medios de producción —que alguna vez sentenció el análisis Marx (1867/2010)—, lo cual conduciría ulteriormente a “una asociación de hombres libres que trabajan con medios de producción colectivos y empleen, conscientemente, sus muchas fuerzas de trabajo individuales como una fuerza de trabajo social [...]” (Marx 1867/2010: 95, Tomo I), lo cual deviene en la construcción de un horizonte común económico-social, mediante el trabajo colectivo y a la retoma de las condiciones de la realización de la labor histórica. En las antípodas de dicho acontecimiento histórico, en el capitalismo gore el empoderamiento del capital se lleva por vías ilícitas, mediante la enajenación de las formas de violencia soberana que ya había sentenciado Agamben (2021) que se ciernen sobre la nuda vida, en el que el soberano —en este caso los grupos criminales— operan como señores feudales del medioevo a los que les pertenece el territorio, e imprimen una lógica de poder, dominio y violencia, es decir, de procreación de valor a través de vías ilegales y del terror, el cual se inscribe en todos los intersticios del espacio y de los cuerpos que atraviesan dicho horizonte. Pero, así también, la violencia se inserta en el espacio simbólico en formas de andamiajes culturales y confeccionadores de subjetividades, en el que las víctimas de dichos grupos operan a suerte de holocaustos dentro del marco de una economía sacrificial (Duverger, 1983). Entonces, dichas economías requieren el asesinato y la violencia como un mecanismo que provee condiciones de posibilidad de concreción de sentido y valor. Siguiendo a Segato (2016), los dispositivos del capitalismo en el que la mercancía se relaciona con el crimen organizado, los asesinatos y la violencia, no representan una forma de

excepción del capital, sino una de sus manifestaciones: “[...] son cambios consonantes con una economía de mercado global, en una modernidad tardía, en medio de ciclos críticos del capitalismo cada vez más frecuentes, con inestabilidad política, decadencia de la «democracia real» y una creciente porosidad de los Estados”. (Segato, 2016: 59-60). En el que las condiciones fenoménicas del mercado planetario, pero en especial de América Latina, para Segato (2016), posibilitan la configuración de regímenes totalitarios y fuerzas que emanan de conflictos armados en los que, en último término, desdibujan los límites entre las acciones lícitas e ilícitas en un marco jurídico, económico y político del Estado debilitado. Asimismo, tales condiciones poseen parecidos de familia, en gran medida, con la expresión del Estado mínimo dentro del andamiaje del anarquismo neoliberal, siguiendo a (Nozick 1974/1999). En el cual el Estado únicamente opera como garante de la propiedad y seguridad privadas, omitiendo intervenir para subsanar, nivelar y solventar las fehacientes condiciones estructurales de desigualdad económica, política y social. De modo que dichas divergencias operan a suerte de catalizador y articulador de las formas de *necroemprendimientos* contemporáneos como una respuesta a la debilidad económica y estructural: pobreza de una población sistemáticamente precarizada que, en el caso del capitalismo gore, constituyen espacios y cartografías especialmente fronterizas. Fenómenos que Haesbaert (2013) –orientado desde la geografía crítica– denomina “desterritorialización” (Haesbaert, 2013: 12), que significa la pérdida de la autonomía de los grupos “más subalternizados y precarizados que son exactamente los que tienen menos control sobre sus territorios, ya que el control está fuera de su alcance o está siendo ejercido por otro” (Haesbaert, 2013: 12). Debilidad estructural de los habitantes que pueblan territorios precarizados, que impacta directamente en la formación de la subjetividad, desde un horizonte de la vulnerabilidad, que se manifiesta en pobreza y carencia de oportunidades. Condición que alude a una colonización del territorio, pero que va más allá de una orientación eminentemente económica, para autores como Slater (2013), puesto que la colonización de los espacios apunta a una serie de factores que se desenvuelven allende de una condición eminentemente económica:

Este espíritu de invasión va mucho más allá del impulso de la expansión económica. Hay una sensación de deseo multifacético de expansión y penetración que ya está profundamente arraigado en la sociedad y que tiene aspectos geopolíticos, culturales psicológicos, económicos y militares. (Slater, 2013: 72)¹

¹ This ethos of invasiveness goes well beyond the drive of economic expansion. There is a sense of a multifaceted desire to expand and penetrate which is already deeply rooted in the society and which has geopolitical, cultural, psychological, economic and military aspects. Equally, it needs to be taken into account that an overarching sense of pre-eminence carried with it a subordinating attitude to other peoples and cultures (Slater, 2013: 72). [La traducción es nuestra]

Sin embargo, a diferencia de Slater (2013), consideramos que las formas de capitalismo contemporáneo persiguen una lógica que profundiza las relaciones de colonización, que incluyen dicha dimensión social, militar, psicológica, etc., vertida en los mecanismos del imperialismo económico, siguiendo a Marion (2000).

El capitalismo gore representa una forma de generación del capital aparentemente contraria a las formas de capitalismo de la información contemporáneas, que señalan una tendencia a la generación de valor con base en la intervención de dispositivos de intercambio y reproducción de información, como señala (Han, 2014). Empero, en las formaciones de valor bajo el entramado de *necroemprendimientos*, la producción del cadáver, del asesinato, representa la última expresión de la generación de interés del capital. Cadáver que representa el estadio ulterior al desgaste y agotamiento de la fuerza productiva del proletariado –que ya había indicado Marx– ya que esta clase social al no contar con capital, tiene que vender lo único que posee, su fuerza de trabajo mediada por el desgaste de su cuerpo; labor: “gasto de cerebro, nervio, músculo, órgano sensorio, etc.” (Marx, 1867/2010: 87, Tomo I), pero aquí la producción –a través del desgaste del cuerpo– no es condición de posibilidad de generación de capital, de valor, sino que, en el último estadio de generación de ganancias del mercado, la dimensión monetaria adviene a través de la disolución y aniquilamiento del cuerpo –la producción del cadáver–, correlato del postrero valor. Entonces, en este sentido, el cuerpo deviene una pieza que vale más muerta que viva, para el proceso productivo y de creación de capitales gore. El cuerpo, en este tenor, opera a suerte de correlato al que se le inscriben mecanismos: necrodispositivos como la tortura, disolución, violencia extrema, secuestro, o asesinato perpetrados por los agentes generadores del capital dentro del andamiaje de dicho capitalismo, en el que el valor clásico producido mediante el trabajo humano y desgaste del cuerpo, se desplaza a la concreción del cadáver, ni siquiera como el horizonte de la forma de la explotación tradicional, que se ejercía contra el trabajador por parte del capitalista, en el cual el primero transfiere el valor de su trabajo a este último y su excedente no liquidado en forma de plusvalía, “[...] haciendo que tal proceso consista solo en la ejecución de tareas dirigidas por otros, abarata el trabajo, lo hace apto para la automatización y refuerza el control sobre los trabajadores, todo lo cual contribuye a una mayor explotación” (Marion, 2000: 368). Por el contrario, la forma de generación de valor dentro del capitalismo gore adviene en la producción de la muerte, la disolución del sujeto. Valencia (2010) considera el capitalismo gore como una transvalorización de valores y de prácticas que se llevan a cabo “de forma más visible en los territorios fronterizos” (Valencia, 2010: 16) Empero, consideramos los *necroemprendimientos* gore como formas de la profundización de la lógica de la máquina capitalista que produce la destrucción del cuerpo, no mediante la inscripción a este del desgaste productivo, como sostiene Marx (1867/2010: 87, Tomo I), sino en las formas de capitalismo tardío –como representa el capitalismo gore– la *producción* del cadáver posee parecidos de familia con la expresión que sostiene Hannah Arendt, a propósito del mal radical, en el que “todos los hombres se han tornado igualmente superfluos” (Arendt, 1951/1998: 368), de modo que condesciende su asesinato impune y sostiene Arendt: “El asesino deja un cadáver tras de sí [...] borra

todos los rastros [...]”(Arendt, 1951/1998: 355). Se trata de un dispositivo que fractura todo valor y sentido que representa la condición humana hasta el grado de desdibujarla a mero insumo dentro del entramado de generación de capital, correlato de la locución de Arendt (1951/1998) en el que la vida social y generación de valor se convierte en el imperio de “la banalidad nihilista del homo homini lupus” (Arendt, 1951/1998:367). Dicha banalidad nihilista, formulada por Arendt, se guía a través de la potencialización de una razón eminentemente de corte instrumental centrada y catalizada en la generación de ganancias como su único fin y sentido ulterior, fundado mediante las tecnologías productivas que se desplazan gradualmente a la articulación de las tecnologías del terror. Se trata de una potencia técnica que estriba en “nuestra capacidad actual para destruir toda la vida orgánica en la tierra. La cuestión es sólo si queremos utilizar nuestros nuevos conocimientos científicos y técnicos en esta dirección” (Arendt, 1958/1998: 3). Potencia destructiva que, en el horizonte del capitalismo gore, deviene en técnicas de producción de cadáveres, es decir, mediado por las tecnologías del terror. Así, “El terror total tal y como se practicaba en los campos es, según Arendt, la esencia del gobierno totalitario” (Villa, 2001: 27).

De ahí que se articule un sistema que produce el mal radical, un andamiaje que asemeja a la lógica de exterminio como sucede con el campo de concentración fascista durante la Segunda Guerra. El campo de concentración operaba, para Arendt, como un dispositivo que no solamente destruye el cuerpo del condenado –de la víctima– sino que primeramente fungía como un mecanismo que disuelve la condición humana y sus correlatos entendidos en términos jurídicos, psicológicos, sociales, económicos, morales, físicos, ontológicos, etc., hasta el grado de suceder la expresión que indica Primo Levi (1957/2010) en torno a la maquinaria del campo de concentración que pulveriza el horizonte humano lo cual condesciende su asesinato sin mayores miramientos, mediante una «locura geométrica, de la determinación con la que los soldados nazis trataron de aniquilarnos para luego acometer la muerte del hombre lentamente» (Primo Levi, 1957/2010:53-54)², puesto que lo que se asesina no es humano, es otra cosa, minúscula, superflua, fatua. Así también para Arendt (1964), el campo de concentración opera como una maquinaria que produce lo no-humano, mediante el aniquilamiento de la condición humana, –supresión ontológica– a través de la erosión y muerte no solo del cuerpo físico (Arendt, 1951/1998), sino de la concepción humana en general. El totalitarismo y sus correlatos, pensados en términos como la maquinaria de muerte y desintegración del campo de concentración, representa el dispositivo que genera la superfluidad, lo no-humano.

Arendt advierte los peligros de la lógica, instrumentos, y tecnologías totalitarias, que se cristalizan en las redes estructurales de los sistemas aparentemente no totalitarios: relaciones culturales, socia-

² «[...] folie géométrique, de la détermination avec laquelle des hommes entreprirent de nous anéantir, de nous détruire en tant qu'hommes avant de nous faire mourir lentement» (Levi, 2010: 53-54) La traducción es nuestra.

les, formas económicas, subjetividades, formaciones políticas, son aquellas que entretejen las condiciones en las que se fragua el mal radical, en el cual el sujeto deviene superfluo, es decir, reemplazable, obsoleto, vano, un mero recurso que puede ser fácilmente eliminable. Arendt (1951/1998), advierte una serie de reminiscencias, vestigios y ruinas que permanecen en las tentaciones totalitarias que suceden en nuestra civilización occidental actual, una tentación de “solución final” (Arendt, 1951/1998: 22). No obstante, esta tentación constante de solución final, no obedece a una ideología *otra*, centrada en la muerte sistemática y programada como su objetivo más apremiante, sino que ello, si bien no privativo, se deriva como si fuera un efecto colateral. Dicho de otro modo, el mal radical se materializa mediante una lógica que funge en términos de condiciones de posibilidad para cristalizar las formas de subjetividad vigente, una subjetividad que entreteje las relaciones actuales del capitalismo. De modo que la producción de valor se inscribe en mecanismos de sentido biopolíticos y hasta necropolíticos, en los que la producción material implica articular primeramente mecanismos de relaciones sociales en las que se modula todo el andamiaje intersticial del capitalismo actual. Así, el capitalismo para Žižek (2014), no solamente impacta en la producción de bienes y servicios, sino que constela los mecanismos de generación y horizontes de sentido que permiten la producción de dichos objetos, mediante un enjambre de correlaciones biopolíticas, psicopolíticas y hasta necropolíticas, como representa los últimos estadios de generación de capital: capitalismo gore. Entonces, dichos procesos no solo confabulan los medios para procurar la generación de objetos, sino “los productores también dominan la regulación del espacio social, puesto que las relaciones sociales la política, es la sustancia de su trabajo: la producción económica se convierte en producción política, en la producción de la propia sociedad” (Žižek, 2016: 169). Puesto que el espacio se construye socialmente, pero a la par, el espacio participa en la construcción de lo social (Benach y Albet, 2012).

La maquinaria del exterminio del totalitarismo nacionalsocialista, posee semejanzas con las formaciones del capital y su producción del mal radical, como un dispositivo que genera a los hombres superfluos, a través de una súper maquinaria que prevarica las condiciones para producir masas irrelevantes, reemplazables, los económicamente precarizados y olvidados, aquellos que se encuentran en las periferias del progreso, que habitan en zonas deprimidas principalmente del tercer mundo, pero también del primero, víctimas del vendaval del desenvolvimiento del progreso: “los nadies” en la expresión de Galeano (2018: 278). Esos rostros de la distopía planetaria que, debiendo permanecer silenciosos y ocultos, se manifiestan como víctimas –o en ocasiones verdugos– del dispositivo de generación de ganancias, hasta advenir su último estadio en las formaciones de la economía gore. Así, fenómenos como el desarraigo, la pobreza estructural, la precarización laboral, el exterminio masivo y sistemático de poblaciones mediante políticas de población, a través de prácticas de exclusión y exterminio en las que comunidades enteras devienen superfluas, prestas a comparecer como sacrificios humanos frente al último rostro del capitalismo, o su cara más palmaria: el capitalismo gore. Mecanismos que operan como vestigios y ruinas de políticas totalitarias prestas a manifestarse con toda su potencia e ímpetu en zonas devastadas económicamente. Lo

anterior representa un velado mecanismo de desplazamiento, purificación y depuración, hasta exterminio de los más vulnerables, lo constituye una política aporofóbica incluso, siguiendo a Cortina (2017).³ En este sentido, el mal radical implica que los individuos devengan superfluos, en tanto que su dimensión ya no es la de persona, puesto que se ha operado en torno a la supresión de su condición ontológica mediante la negación de sus derechos aún más básicos (Arendt, 1951/1998), hasta el grado de implementar políticas de exterminio progresivas de los pobres, como menciona Bauman (2005), programa que encuentra sus esbozos como un evento que tiene sus orígenes en los umbrales del colonialismo del siglo XVI y el exterminio masivo de pueblos y poblaciones enteras conducidos por los afanes colonizadores europeos y su noción de progreso, así:

[...] el exterminio de los indígenas con el fin de despejar nuevos lugares para el excedente de población europea (esto es, la preparación de los lugares a modo de vertedero, para los residuos humanos que el progreso económico doméstico estaba arrojando en cantidades crecientes). (Bauman, 2005: 55)

Si bien, el programa del imperialismo que señala Arendt durante los siglos XVI y XIX no es enteramente equivalente al del totalitarismo del siglo XX, y la política de exterminio del fascismo, puesto que el imperialismo persigue una lógica de expansión debido a motivos de crecimiento, poder y progreso, lo cual no es enteramente equivalente en la política totalitaria: “La agresividad del totalitarismo no procede del anhelo por el poder, y si trata febrilmente de extenderse, no es por deseo de expansión ni de beneficio, sino sólo por razones ideológicas: [...], demostrar que tenía razón su respectivo supersentido” (Arendt, 1951/1998: 367).

No obstante, pese a sus diferencias, el totalitarismo y el imperialismo del mercado contemporáneo podrían ser equiparados como *estructuras de suprasentido*, que tienden a colonizar todo el espacio y orden, allende de sus dinámicas y fines últimos. Se tratan de macro dispositivos que instauran una totalidad, dicho de otro modo, erigen la imposibilidad de advenir la alteridad, en la que no es posible mirar otro horizonte de facticidad. Así, siguiendo a Soja (2008), la modernidad globalizada que en su momento representó el gran programa utópico y civilizatorio planetario, demandaba introducir nuevas lógicas de población que a su vez relegaba, o definitivamente suprimía a las masas económicamente desfavorecidas “mediante la lógica de generación de valor” (Soja, 2008: 221), hasta alcanzar los mecanismos y criterios que demandan las formas de explotación y consumo actuales, en las que los modelos civilizatorios a seguir se inscriben en una dinámica de generación de

³ Adela Cortina acuña el concepto de aporofobia cuyo significado proviene de las raíces griegas *á-poros*, pobre, y *fobéo*, miedo, el cual indica básicamente una posición de odio, rechazo tanto en su aspecto simbólico, material y psicológico a aquel que aparentemente no puede brindar nada a la sociedad, es decir, el pobre. Se trata, para Cortina de una aversión que representa una patología para quien la padece, y “por eso se le excluye de un mundo construido sobre el contrato político, económico o social, de ese mundo del dar y el recibir, en el que sólo pueden entrar los que parecen tener algo interesante [o monetario] que devolver como retorno” (Cortina, 2017: 6).

capital, bajo cualesquiera medios, lo que adviene una segunda acumulación originaria, mediada por la impronta del crimen, entendida como la forma epítome del capitalismo en sus últimos estadios. Se trata de un andamiaje que no requiere de lugartenientes fijos para su articulación, sino que el individuo se inscribe en una serie de relaciones reticulares de dominio y enajenación en la que el sujeto deviene causa eficiente, pero también víctima de las lógicas que lo atraviesan, configuran y sostienen. El sujeto mediado por dispositivos generadores de sentido y legitimación, gracias a un sistema que parece que nadie controla, dirige y gestiona que, en último término, asemeja a una *dictadura de lo impersonal*, como por ejemplo representa nuestro mundo moderno modelado en términos de utilidad económica-financiera del libre mercado que persigue su propia lógica, ciclos y movimientos entramando una serie de relaciones reticulares (Bauman, 2005) sin la posibilidad de divisar otros horizontes civilizatorios. En este contexto, el poder ya no pertenece en último término al sujeto, de modo que se desdibuja su agencia, y disuelve en una serie de medios de producción, consumo, generación de ganancias, como marcas elocuentes de la cristalización de subjetividades en las que la autonomía del individuo se relega a relaciones reticulares de domesticación, control, vigilancia, heteronomía, en el que el mal radical: la futilidad de los individuos, condesciende –en último término– su asesinato sin posibilidad de imprimir culpa o castigo. En este contexto, el sujeto deviene un autómatas, habita como una especie de flujo fantasmal, dicho de otro modo, este sucede un componente, cifra, vaivén ondulante como si se tratara solo de un elemento ínfimo de la programación del mecanismo, el cual fácilmente puede ser reemplazado, prescindible y hasta suprimido. Se trata de una superestructura programada en clave capitalista, tal como sostiene Marx (2010): “la estructura económica de la sociedad es la base real sobre la que se alza una superestructura jurídica y política, y a la que corresponden determinadas formas sociales de conciencia” (Marx, 1867/2010: 100, Tomo I). Es decir, el capitalismo requiere un tipo de consciencia, un entramado de subjetividades que advienen en las articulaciones del capitalismo cognitivo, que a la postre producen al sujeto endriago de la economía gore, como una formación epítome en el marco de la lógica del capital, en el que la consecuencia de dicha lógica encuentra en la violencia su último correlato, en términos de generación de ganancias (Valencia, 2010).

La maquinaria totalitaria y la banalidad del mal

El concepto de banalidad del mal fue acuñado por Arendt (1964) cuando esta asiste como cronista al juicio de Eichmann llevado a cabo en Jerusalén, enviada por la prestigiosa revista *The New Yorker* para cubrir el juicio de este ex jerarca nazi enjuiciado por sus crímenes durante la Segunda Guerra Mundial contra población judía, señalado como uno de los artífices de la solución final. Sin embargo, la experiencia de Arendt (1964) con Eichmann es que este era un hombre ordinario, pecaba de convencional, operaba como un funcionario acrítico y su subjetividad estaba orientada a seguir las órdenes de sus superiores, sin oposición o reflexión, solo orientado a perseguir las motivaciones de un ciclo de reglas y rutinas. Lejos estaba de encarnar el concepto del mal en occidente vinculado con lo demoníaco, lo monstruoso:

Cuando hablo de la banalidad del mal, lo hago sólo en un plano eminentemente fáctico, aludiendo a un fenómeno que sucedió durante el juicio. Eichmann no era Yago ni Macbeth, nada estaría más lejos de su mentalidad que equipararse con Ricardo III [...]. (Arendt, 1964: 134)⁴

Dicha banalidad fue la que estuvo en complicidad, sin maldad, impasible –más bien mecánica–, frente al asesinato sistemático de millones de seres humanos. Lo abyecto aquí deviene en la incapacidad de crítica, es decir, del ejercicio de la resistencia, de la insuficiencia de reflexión, o de culpabilidad, de la incompetencia de recogimiento, es decir, de la ineptitud para pensar; de ahí el término que acuña Arendt de la banalidad del mal. Aludiendo a un tipo de subjetividad que es incapaz de resistirse o reflexionar en torno a las formas y mecanismos de cristalización del poder, de modo que el sujeto las persigue y reproduce ciegamente. Eichmann representa un individuo que deviene no-sujeto, una no-conciencia, en tanto que articula y sostiene su persona, como correlato de la heteronomía del dominio, personifica un sustrato de la superestructura de sentido que produce –en este caso– millares de víctimas. De modo que, aquí la banalidad del mal está vinculada con la apatía, indiferencia, abulia del individuo que ejecuta acciones imitando a un mero dispositivo, adviene un engranaje de toda la maquinaria de sentido y poder, hasta el grado de asesinar a individuos sin el menor recato, entendidas como actividades terroríficamente normales. Así, el mal radical es equiparable al dispositivo que reduce a los individuos a la condición de superfluos, lo que transige a reducir su espontaneidad y pensamiento, hasta el grado de destruir su agencia, su humanidad, de suprimir su dignidad, “su condición ontológica” (Arendt, 1964:42). Empero, el mal radical no está vinculado como lo relacionaba Kant, con una voluntad perversa, sino que este más bien, se configura desde un andamiaje de relaciones de control, ratificación y validación que gradualmente disuelve la autonomía humana, es decir, el ejercicio de responsabilidad; sobreviene un mecanismo totalitario. Un andamiaje en el que el sujeto se cristaliza bajo el auspicio de relaciones de coherencia y confirmación, persiguiendo una lógica que se agota en su propio circuito, sin la posibilidad de ver *afuera*, –política totalitaria– bajo el horizonte de un andamiaje que desdibuja la realidad fáctica y ordinaria y vicariamente introduce una superestructura de sentido llámese política, jurídica, económica y social; que en nuestra actualidad podríamos denominar perspectiva del mercado, como única realidad de sentido y valor posible. Lógica de mercado que bajo sus propios imperativos y demandas, conduce a los individuos más precarizados –pero también a aquellos que se muestran privilegiados por sus dispositivos–, a cometer los peores actos de barbarie, puesto que parte de la esencia del totalitarismo es eliminar la libertad e imaginación humanas, al grado de condensar una subjetividad imposible de crítica y reflexión, vertida únicamente en términos de obediencia y control, bajo el auspicio de “la lógica de la dominación total” (Arendt, 1964:129). La razón capitalista asemeja –en este contexto– a una maquinaria totalitaria que gradualmente desdi-

⁴ [...] when I speak of the banality of evil, I do so only on the strictly factual level, pointing to a phenomenon which stared one in the face at the trial. Eichmann was not Iago and not Macbeth, and nothing would have been farther from his mind than to determine with Richard III [...] (Arendt, 1964: 134) La traducción es nuestra.

buja la dignidad humana e impele al individuo a acciones automáticas, en tanto este deviene únicamente en engranaje prescindible de la superestructura, momento cuando el concepto de enajenación alcanza su mayor profundidad.

La ilusión del primer mundo: *necroemprendimientos*

Nociones como las de primer mundo en la actualidad indican condiciones cuantitativas y cualitativas de consumo, que al devenir modelos arquetípicos civilizatorios bajo la impronta de la figura de progreso a la que hay que perseguir o alcanzar produce un tipo de subjetividad que en zonas depresivas –caracterizadas por la precarización laboral, carencia de oportunidades y pobreza estructural, como suelen ser los espacios fronterizos entre México y Estados Unidos– se hallan bajo la impronta de que los pobladores encuentran opciones bastante limitadas para sortear su condición precaria. De modo que dichas personas acosadas por la pobreza se enlistan en las filas del cártel del crimen organizado, como posible solución, para intentar reproducir modelos impuestos de consumo dictados desde el horizonte del “imperialismo cultural” (Marion, 2000: 56), bajo la impronta de que los modelos neoliberales no crean justicia social desde la óptica de una repartición racional de la riqueza generada. Paradigmas económicos contemporáneos que en América Latina –y de manera especial en México– ha producido millares de pobres, que desde hace algunas décadas se han unido a las actividades ilícitas del narcotráfico, así como la trata de personas, secuestro, extorsión, tráfico de armas, etc., lo cual debido a su importante crecimiento ha venido a ser factor común de tales sociedades (Astorga, 2003). Se trata de la concreción de subjetividades que se encuentran insertas en relaciones de precarización estructural, desde el espacio de una relación inestable entre “justicia y frontera” (Mezzadra y Nielson, 2014: 24), en que la carencia de oportunidades laborales redundan negativamente en los derechos de los individuos, puesto que constantemente está cambiando la relación entre la ciudadanía, oportunidades y derechos (Mezzadra y Nielson, 2014). Lo anterior en correspondencia con la incursión biopolítica del espacio público, que siguiendo a Gallegos (2013), puesto que este –el espacio– se neutraliza en su dimensión política, es decir, ha devenido no un lugar de diálogo, inclusión y formación social –condiciones de la ciudadanía– sino en un territorio que se agota en su potencialidad de advenir soporte del consumo. Así, los individuos se convierten de ciudadanos “en cuerpos consumibles y consumidores, en la medida que tienen relación con el control, el sometimiento, el disciplinamiento y con el exterminio [...]” (Gallegos, 2013:422). Lo anterior es sintomático de una serie de circunstancias internas y externas al territorio, tales como: “A los factores endógenos de crisis del anterior modelo de acumulación, basado en la sustitución de importaciones, se han sumado los factores derivados de la crisis del capitalismo global y de la aplicación de las políticas neoliberales que la han acompañado” (Solís, 2013: 8). Crisis globalizadas que han conducido a zonas, específicamente fronterizas, a un estancamiento económico y a un aumento desproporcionado de la pobreza, así como una debilidad del Estado y de sus instituciones (Solís, 2013). Acontecimientos que han engendrado a masas enteramente desarraigadas y desprovistas de los mínimos para la subsistencia, de modo que lo anterior opera a suerte

de caldo de cultivo, para potenciar tipos de emprendimiento, persiguiendo una lógica de crecimiento de producción neoliberal, en que priman las estrategias “ultraviolentas para hacerse del capital” (Valencia, 2010: 16). Estrategias que no son inéditas, como hemos mencionado más arriba, tal como sucedió con el fenómeno de la acumulación originaria que emprendieron los países europeos, durante el siglo XVI, en el que comenzaron las cruzadas coloniales de despojo frente a las periferias planetarias como América, África y Asia, siguiendo a Federici (2009: 61), las cuales se basaron, fundamentalmente, en la barbarie y el genocidio. En gran medida parece que los mecanismos de sobreacumulación del capital requieren gestionar e introducir a un territorio, y su población, grados de extrema violencia, como uno de los dispositivos más palmarios de generación de la riqueza. Lo cual está vinculado con el fenómeno de la desterritorialización de la subjetividad, siguiendo a Haesbaert (2013), que refiere a los espacios fronterizos inestables e inseguros de modo que implica

[...] procesos de desidentificación y pérdida de referencias simbólico-territoriales —lo cual refleja una pérdida de control del espacio, como ocurre con muchos grupos de los ‘sin techo’ y con aglomerados humanos como algunos campos de refugiados o algunas situaciones de conflicto y violencia generalizada—. (Haesbaert, 2013)

La extrema violencia funge como un dispositivo que emplea el crimen organizado para adjudicarse un exceso de caudal (Valencia, 2010). Así, el modo de riqueza capitalista, mediado por diferentes grados de violencia, adquiere su último estadio en la destrucción del cuerpo —la producción del cadáver—, que se convierte en el producto más provechoso, la forma por antonomasia de la acumulación del capital, entonces: “la muerte se ha convertido en el negocio más rentable” (Valencia, 2010:16). Empero, las formas de acumulación de valor del capital alcanzan gradualmente cualidades de cuño totalitario. Arendt (1951/1998) mencionaba que la amenaza totalitaria aparecía en prácticas actuales en forma de vestigio o ruina, que puede muy bien “sobrevivir a la caída de los regímenes totalitarios bajo la forma de fuertes tentaciones, que surgirán allí donde parezca imposible aliviar la miseria política, social o económica en una forma valiosa para el hombre” Arendt (1951/1998: 368). De modo que en demasiadas prácticas político-económicas actuales —como sucede con el espacio del capitalismo contemporáneo— existe la imposibilidad de divisar otros horizontes posibles, que, en el caso del capitalismo gore, especializa sus mecanismos de producción de mercancías mediante la intervención del terror. Pero, a su vez, dicha forma de generación de valor, conforma siluetas de la subjetividad que pueden localizarse en zonas precarizadas y fronterizas, atendiendo a las lógicas neoliberales y procesos globalizados que fungen en términos generales como si se tratara de una maquinaria que disuelve la dignidad humana, de tal manera que condesciende la superfluidad de los individuos, hasta el grado de que la vida humana únicamente sucede utensilio dentro de la lógica de formación del capital. Al representar el capitalismo gore uno de los últimos bastiones de la formación del capital —o quizá su auténtico rostro—, implica un proceso ci-

vilizatorio contemporáneo que alude a las fuertes tentaciones totalitarias que amenazan con aparecer con todo su ímpetu, como indicaba Arendt (1951/1998), en los que la dignidad, la condición ontológica de los seres humanos, son conceptos que se disuelven en el aire. Lo que alguna vez se consideró sagrado como la vida humana, en la actualidad, adviene únicamente correlato de la generación de ganancias. Es así, que siguiendo a Segato (2016), el logos religioso que operaba como un dispositivo de síntesis social en otras épocas, así también conceptos como nación, comunidad, empatía, compasión, dignidad humana, se diluyen análogo a una técnica de disolución de cuerpos, pero aquí no solo de cuerpos, sino de realidades (Hernández Madrid, 2014).

El narcotráfico en México se guía, según Segato (2016), de forma semejante a ciertas lógicas totalitarias, en las que los capos devienen similares a “señores feudales, dueños no solo del territorio sino de los cuerpos que transitan en estos” (Segato, 2016:48). Entonces, bajo esta óptica, al cuerpo humano no solo se le imprimen en su caracterización clásica de explotación –en términos de forjador del capital–, como sostiene Marion (2000), sino que su mutilación, tortura y desacralización, es la forma en la que acontece el epítome de la mercancía, de la cosificación. En la crítica de Valencia (2010) a las sociedades de excesivo consumo, expresiones como el narcotráfico representan modelos distópicos dentro del programa de la lógica del capital y sus epígonos, como personifican los *necroemprendimientos*. Sin embargo, apuntamos que tales manifestaciones del capitalismo gore, no representan dinámicas contrarias y contrapuestas a las lógicas capitalistas, sino su rostro más elocuente y real, como habíamos apuntado más arriba. Así, la figura del crimen organizado representa el epítome de la efigie del necroemprendedor, en una civilización que se hace de su *centro espiritual* la obtención monetaria, la generación de capital, bajo el signo de que todo está permitido. De modo que en muchas naciones en vías de desarrollo la figura del crimen organizado se ha coludido en diferentes ámbitos desde el político, social, económico, etc., normalizando su dinámica y su operación, como ese poder invisible, que opera desde lo secreto. Entonces, la imposibilidad de dismantelar definitivamente a los grupos narcotraficantes se compagina con la afirmación de Wornat (2020):

Alguna vez, en un lejano 1998, Abel Reynoso, un exagente de la DEA en América Latina, me contó sobre un extraño pájaro que devora mosquitos. Se llama vencejos y habita en zonas tropicales. Por supuesto que nunca se comerá larvas, porque se quedaría sin alimento. El exigente, un viejo lobo de mar que recorrió el planeta, desde Tijuana a Bangkok, Managua, Ciudad de México, Miami, y Buenos Aires, conocía las tinieblas del combate al narcotráfico. Con esta metáfora quiso decirme que a ninguna de estas empresas armamentistas, agencias de inteligencia, políticos, banqueros, casas de cambio, agentes inmobiliarios les interesa que acaben con los traficantes, ni con el negocio de las drogas, ni con las guerras que generan. Son las larvas que los alimentan. (Wornat 2020: 286)

El narcotráfico representa uno de los correlatos más significativos del fenómeno de la globalización, lo que exhibe no sólo un grado de excepción, sino su cara más ostensible. Así, siguiendo a Valencia (2010), los necroemprendimientos se fundan en “prácticas predatorias, que junto a la espectralización y especulación en los mercados financieros, se desarrollan y ejecutan prácticas de violencia radical” (2010: 67). No solo se trata de la mano invisible y equilibrada que conduce los hilos del mercado, como plantea Smith (1977) en la definición clásica de la economía liberal, sino que se requiere, además, el puño invisible que mantiene la mano *saludable* y ciega del capital, así, “McDonald’s no podrá extenderse sin la McDonnell-Douglas, fabricante del F-15” (Valencia, 2010: 17). El puño invisible que garantiza la seguridad mundial de las operaciones comerciales del emprendimiento lícito, así también de los gigantes tecnológicos de Silicone Valley es el ejército, la fuerza militar, aérea, y armamentística de los Estados Unidos, dicho de otro modo, lo que sostiene todo el andamiaje comercial se trata de una violencia silenciosa, invisibilizada, pero siempre presente, que amenaza constantemente con aparecer con su fuerza inaudita, mecanismo que en las dinámicas del capitalismo gore emerge con toda su espectacularidad. Violencia espectacular que para autores como Fuentes (2012) puede explicarse desde las prácticas, de una ya larga duración, desde la historia colonial en México, “en donde no se constituyó la mediación burguesa a través de la figura del ciudadano [...]. Esta forma de mediación incorporaba el recurso de la fuerza, tornándola indispensable en la organización productiva de las economías coloniales [...].” (Fuentes, 2012: 43). Lo cual constituyó en la conformación de subjetividades “socializadas en el ejercicio de poder” (Fuentes, 2012: 43).

Por globalización se entienden una serie de prácticas comerciales que engloban y abarcan todo el sistema planetario, pero no solo eso, sino también apunta a un andamiaje de relaciones de ratificación, orientación y sentido: cristalización de la subjetividad, que en lo profundo subyace una violencia nuda que posibilita todo este armazón. Así, las ramificaciones del mercado ilegal se difuminan en los torrentes del capital lícito -o semi lícito- desdibujándose y complementándose uno y otro; mercado negro. Lo que coincide con la descripción fenomenológica del análisis del totalitarismo que realiza Arendt (1951/1998), en el que las relaciones que se establecen en un régimen totalitario opera un trasfondo de vínculos burocráticos, geopolíticos, jurídicos, sociales, económicos, en los que la fuerza y violencia permanecen latentes brindando validez a todo el entramado bajo la coerción de una violencia siempre presente, pero muda. De modo que termina instalándose un *factum* consensual de realidad válida e intersubjetiva. De ahí la noción de la autora de “la paradoja de la sociedad secreta a la luz del día” (Arendt, 1951/1998: 307). Puesto que el auténtico poder se ejerce desde lo invisible, desde lo que no aparece, desde la sutileza, disimulo, propaganda, seducción o desde el terror no confesado. Entonces, las dinámicas de funcionamiento del mercado negro poseen parecidos de familia con un régimen totalitario, en las formas de encubrimiento –sociedad secreta a la luz del día– que desdibujan los vasos comunicantes del capital que se funda por vías lícitas e ilícitas, bajo la amenaza nunca confesada del terror manifiesto. Los efectos del mercado negro para la economía planetaria son invaluable, puesto que este aporta aproximadamente no

menos del “15% del comercio mundial” (Valencia, 2010: 56) de modo que dicha potestad le otorga, al crimen organizado, una validez en varios sentidos y grados en torno a las decisiones planetarias. Empero, a diferencia de Valencia (2010) que considera el capitalismo gore como “la dimensión sistemáticamente descontrolada y contradictoria del proyecto neo liberal” (Valencia, 2010: 12) nosotros consideramos dicha manifestación del capitalismo, por sus condiciones fenoménicas y lógica interna, como uno de los estadios más acabados del proyecto neoliberal, bajo la égida de una cultura que sostiene su andamiaje en clave de “imperialismo cultural” (Marion, 2000: 86).

Los sacrificios del vendaval del progreso: las víctimas del capital

El proyecto moderno suscrito en una orientación y sentido de racionalidad instrumental, siguiendo a Adorno y Horkheimer (1998), en tanto que la esfera del saber colapsa en los mecanismos de poder, y por tanto, el conocimiento equivale a sustrato de dominio, en el que la razón se confecciona en forma de dispositivos técnicos, a los que su validez se apura en mecanismos de disciplinamiento (Foucault, 2004). Así, los individuos confeccionan un tipo de racionalidad prescrita por las demandas, requerimientos y lógica del mercado. Dicho de otro modo, la subjetividad entendida como el correlato de las relaciones de validación y saber, que establece una razón que se agota en dispositivos de poder. Dispositivos de poder que a la postre disuelven la esfera de la dignidad humana. Lo que se consideraba dignidad humana como el “valor único e incondicional que reconocemos en la existencia de todo individuo independientemente de cualquier cualidad accesoria que pudiera corresponderle” (Torrallba, 2005: 35), dignidad que en la filosofía ilustrada planteaba un límite de la infranqueabilidad de la persona, tiende a disolverse frente a la demandas del mercado que fractura toda dimensión e introduce una lógica de sustrato de dominio, de modo que el individuo bajo dicha cartografía, deviene correlato de los artefactos de validación, de sentido, de explotación y producción comercial: una cifra reemplazable en un mundo desencantado que deviene cifra, dicho de otro modo: un sujeto superfluo. Entonces, “sólo quedan [...] fantasmales marionetas de rostros humanos que se comportan todas como el perro de los experimentos de Pavlov [...]” (Arendt, 1951/1998: 365). Superfluidad de los hombres producto de las crisis económicas, la avalancha de información, bajo los entramados de una economía digital, de una racionalización en busca del máximo beneficio y una violencia siempre latente que valida dichos procesos, lo cual representa los nexos fenoménicos de la articulación de la subjetividad contemporánea. “Se crea de esta manera subjetividades capitalistas radicales que hemos denominado sujetos endriagos” (Valencia, 2010: 13). Así también, siguiendo a Estévez (2015), el sujeto endriago es producto del “ejercicio híbrido del poder mediante técnicas de asesinato” (Estévez, 2015: 1161). Formaciones de la racionalidad que condescienden nuevas formas de configuración del trabajo, bajo el abrigo de la violencia y supresión de todo valor ético, allende de la obtención monetaria. Proyectos civilizatorios que afianzan la normalización de una necropolítica (Navarro, 2021). En este sentido, el narcotráfico no representaría una formación irregular en las formas de emprendimiento o de formación de la subjetividad de los individuos en nuestro horizonte actual, sino un desplazamiento lógico, un lugar común, en el que el

negocio gore del narcotráfico constituye una de las industrias más lucrativas del planeta –como son los hidrocarburos, armas, pornografía, etc.– y sus diferentes manifestaciones en forma de economía ilegal que irriga con sus actividades las arterias de toda la economía planetaria, mediante los vasos comunicantes del blanqueo de capitales (Wornant, 2020). En este sentido el capitalismo gore representa la faz invisible, lo no manifiesto del proceso civilizatorio y capitalista, como aquello que debiendo permanecer oculto se hace presente. En este contexto, el proceso civilizatorio guiado mediante la impronta del mercado produce una serie de paradojas en las que la noción de progreso – que se encuentra a la base del proyecto moderno y del desarrollo del capital–, crea nuevas formas distópicas de los procesos de generación de valor y sus correlatos en términos de construcción de subjetividades. De modo que en la actualidad las cristalizaciones de la subjetividad mienta no ya a los adalides del programa moderno que conduciría a la humanidad a la supresión de la necesidad humana, mediante un tipo de razón técnica instrumental –en términos de la esencia del pensar que señaló (Heidegger, 2002), como el peligro que se cernía sobre la razón moderna–, sino que la historia actual se escribe desde las víctimas, los cadáveres que componen el vendaval del desenvolvimiento de la historia y su figura de progreso. En este contexto escuchar las locuciones silenciadas de las víctimas alude a un método de la historia análogo al que propone Benjamin, el cual rastrea y recoge los desperdicios, aquellos que yacen en las periferias, olvidados y silenciados, esperando un acto de rememoración, método histórico del pepenador: *éboeuer* (Benjamin, 1982/2005: 25). Dichas experiencias y condiciones que generan las antípodas del discurso desarrollista del programa moderno y sus vertientes en las formas del capitalismo contemporáneo, subvierte el optimismo traído por esta. Distopía que, para Valencia (2010) engendra los mecanismos de generación del capital desde el necropoder, vínculos entre capital legal e ilegal, poder estatal, etc. Sin embargo, tales procesos de cristalización del capital orquestan la imposibilidad de esgrimir una subjetividad vinculada con diferentes fuentes de derivación, es decir, fenómenos como la colectividad, pertenencia, empatía y solidaridad devienen imposibles, bajo dicha égida. Tal como señala Arendt (1951/1998) a propósito de la imposibilidad de la solidaridad de los hombres bajo el auspicio de un régimen totalitarista, puesto que este ha “[...] corrompido toda solidaridad humana. Aquí la noche ha caído sobre el futuro. Cuando ya no quedan testigos, no puede haber testimonio” (1951/1998: 362). Así, el sujeto deviene una masa informe, apacible, adocenada y adiestrada, es decir, carente de voluntad; heterónoma. El régimen totalitario elimina la “espontaneidad y responsabilidad” (Arendt, 1951/1998: 351), de modo que dicha carencia de responsabilidad engendra fenómenos de reacción nihilista ante la falta de certidumbre en el futuro, condiciones que producen, “enormes crisis de existencia y de significados” (Valencia, 2010: 21).

La violencia que engendra el capitalismo gore, a diferencia de toda forma de violencia, remite a una época en la que esta se encuentra enmarcada en mecanismos de generación de ganancias, que se inscriben en dinámicas políticas, económicas, sociales, articulando un tipo de subjetividad que reproduce la violencia desde el ámbito más concreto hasta el más simbólico, condesciendo un tipo de

sujeto modelado para reproducir dinámicas discursivas que se orientan con “ciertas figuras epistemológicas contemporáneas” (Valencia, 2010: 27), dispositivos que articulan las condiciones de la interpretación de la realidad actual. Empero, las formaciones económicas actuales apuran elementos que entretejen nociones y concepciones que se desplazan a entramados totalitarios de sentido, que se predicán a través de locuciones que sostienen: *Extra forum nulla salus*: fuera del mercado no hay salvación. Las prácticas gore persiguen una radical lógica neoliberal que estriba en formulaciones como las que sostienen que cuanto más mercado, mayor libertad y apuntan al adelgazamiento y debilitamiento del Estado, en tanto que acechan las leyes impenetrables de la mano invisible que se inscribe y ordena la lógica que entrama la realidad de nuestras sociedades. Entonces, la visión del estado laxo desplaza las nociones de responsabilidad ciudadana y de comunidad, concretando dispositivos de individualismo y búsqueda de la obtención monetaria como único horizonte de habitación posible. Así, el Estado, en la posición del neoliberalismo anárquico, su función estriba fundamentalmente en garantizar la seguridad y la propiedad privada –Estado mínimo–, como sostiene Nozick (1999), no debiendo atender funciones como la distribución equitativa de la riqueza, lo cual repercute en términos de justicia social, inclusión y equidad. Para este Estado mínimo la lógica del mercado no debe ser transgredida o atemperada por la centralización, gestión y función del Estado, de modo que las desventajas económicas y sociales son realidades que gradualmente el mercado –siguiendo su propia lógica y circuito– se neutralizarán a la postre. De modo que el Estado al intervenir en dichas realidades termina afectando libertades individuales, imponiendo cargas a algunos individuos y violentando sus derechos. Entonces, el anarquismo de derecha de Nozick (1999) omite generar toda posición originaria, es decir, operando desde nociones de principios de justicia estructural en forma de políticas tipo *máximum minimorum* [dar el máximo a los mínimos] (Rawls, 1971/1999: 53). Posiciones en las que el Estado deviene un ente activo que neutraliza las desventajas de base –de nacimiento– y que se traducen en programas sociales y en una política que favorece a los sectores más vulnerables, y en este tenor sostiene Rawls (1971/1999): “La idea intuitiva de la justicia como equidad es pensar en los primeros principios de justicia como el objeto de un acuerdo original en una situación inicial convenientemente definida” (Rawls, 1971/1999: 102). Posición original que toma en consideración las nociones de desigualdad históricamente estructurales y que el sistema actual desplaza a la responsabilidad del sujeto, por su carencia y debilidad económica, volcándose únicamente a soluciones biográficas, a subterfugios de psicología positiva y motivacionales (Han, 2017). La flexibilización del Estado interviene en las dinámicas sociales, apura a una racionalidad que se vuelca eminentemente en una constelación económica, lo que produce distorsiones sociales que conllevan a instituciones gubernamentales debilitadas, como consecuencia de la dinámica de la lógica de la globalización que desregulariza las leyes del Estado, e introduce un entramado de prácticas y discursos que normalizan políticas de precarización laboral mundial (Han, 2017). Así los lazos del mercado atraviesan todo lo que antaño se consideraba espacio geopolítico para devenir un mercado-mundo en el que se imponen una serie de dinámicas que favorecen el surgimiento de economías ilícitas. Puesto que el mercado, al acontecer una instancia menos regulada por el Estado, opera conforme a su propia lógica y movimientos,

conducida por dispositivos tecnológicos atendiendo un capitalismo de la información (Žižek, 2014), un capitalismo de algoritmos informáticos, –un capitalismo abstracto– que oculta en lo profundo, en la base de todo su entramado y lógica de despliegue, dinámicas sórdidas que concretan las operaciones de la violencia más desnuda y brutal del capitalismo gore.

Capitalismo virtual y capitalismo gore, dos caras del mismo acontecimiento

La política-económica neoliberal, y sus dispositivos electrónicos, formadores de sentido, propagadores de seducción, pero también cristalizadores de la subjetividad vigente y válida apuntan a una ilusión virtual de igualdad a todos los recursos. Se trata de un capitalismo psíquico y virtual de la información: “El neoliberalismo como una nueva forma de evolución, incluso como una nueva forma de mutación del capitalismo, no se ocupa primeramente de lo biológico, somático, corporal. Por el contrario, descubre la *psique* como fuerza productiva” (Han, 2014: 23). Se trata de un mecanismo psíquico que constela construcciones fantasiosas de democratización de acceso a todos los bienes. Sin embargo, a la inversa de dicha democratización de los recursos –desde una comarca virtual–, la realidad es que las formas de consumo y brechas económicas presentan cada vez más abismos insoslayables de diferencia entre ricos y pobres, así “para reducir la desigualdad, debemos promover el crecimiento incluyente. Crear economías en las que todos los ciudadanos, sin importar el monto de sus ingresos, patrimonio, género, raza u origen, estén empoderados para alcanzar el éxito” (Keeley, 2018: 7). El ingreso entre los países denominados de primer mundo y los que se encuentran en vías de desarrollo es desproporcionado, lo que precariza a las poblaciones de las zonas geográficas más vulnerables, que al no poder acceder ni siquiera al consumo básico e imprescindible para la subsistencia, ello conduce –por antonomasia– a la negación de los derechos aún más fundamentales, lo que representa una transgresión contra su dignidad humana. De manera que las formas de emprendimiento gore –criminal–, resultan atractivas para una gran parte de la población que habita en zonas precarizadas, por su potencia de generadores de capital (Villatoro, 2012).

El mercado articula un vector entre política, economía y globalización, y su brazo de acción desde el horizonte de las nuevas tecnologías, que en el trasfondo requiere el maridaje y soporte de capitalismo gore. De modo que dichos andamiajes civilizatorios condescienden fenómenos que cristalizan una subjetividad acrílica e hiperconsumista. Dichas condiciones fenomenológicas, prácticas de consumo, formaciones de la subjetividad –desde condiciones psicopolíticas y biopolíticas– articulan posiciones cercanas a políticas totalitarias guiadas a través de la nueva clase dirigente, “los empresarios” (Valencia, 2010: 32). Así, la concepción del Estado en sentido tradicional, se fractura en diversos mecanismos, como el mercado, dispositivos de información, control y disciplinamiento. Entonces, el ejercicio de autonomía y de libertad de los individuos se relega al mercado y sus epígonos, como única instancia posible de relación y sentido entre los sujetos. Formas de agencia que se plantan desde la óptica por alcanzar el poder, lo que transige a formas de identificación y unión

desde el espacio de prácticas de consumo y la búsqueda del máximo beneficio como único horizonte existencial, sin la posibilidad de avisar otras realidades. Se trata de la edificación de *nuevos nacionalismos* no inscritos en una ciudadanía participativa y ética –vita activa– sino mediante la ilusión a través del consumo de lógicas inscritas en las dinámicas de generación de valor, en tanto que todo es susceptible de devenir un objeto de intercambio monetario. Por lo que, conceptos del espectro político clásico, tales como soberanía, libertad, autonomía, autodeterminación, dignidad, equidad, justicia, etc., han sucedido –para las *nuevas ciudadanías endriagas*–, nociones sin mayor valor, que a la postre no demandan mayor atención, ni invocación.

La violencia: fundamento del capital

Para Valencia (2010), específicamente en el caso de México, desde 2006 se instaura la guerra contra el narcotráfico, lo que engendra grupos paraestatales criminales que pueden competir en condiciones de monopolizadores de la violencia, gestión, y recursos económicos, condición que antaño correspondía eminentemente al Estado. Se trata de un Estado alterno que no es detentado por las instituciones formales –aunque en muchas ocasiones estas se encuentran coludidas con el narcotráfico– lo cual integra dinámicas y lógicas mercantiles en las que la violencia, más nuda, pero también simbólica y cultural, engendra una suerte de narco-Estado-nación. Fenómeno que a su vez constela formas de subjetividad:

El proceso que denominamos Narco-nación no es un fenómeno reciente, por el contrario ha sido un proceso largo y complejo. Podríamos hablar de que, desde finales de la década de 1970, el Estado mexicano no puede ser concebido como tal, sino como un entramado de corrupción política que ha seguido las órdenes del narcotráfico en la gestión del país; una amalgama narco-política que se ha radicalizado en la última década y que mantiene enfrentados al gobierno y al crimen organizado en la contienda por el monopolio del poder. (Valencia, 2010: 35)

Realidades como la desigualdad económica que asola a naciones precarizadas por la corrupción funcionaria, por los efectos devastadores y aún vigentes de la colonización (Federici, 2009), por ende, atravesadas por debilidades estructurales económicas y políticas-históricas, promueve los anti-proyectos que se cristalizan como las antípodas de las agendas del progreso histórico que ya había señalado Fukuyama (2006). Entonces el fenómeno del crecimiento criminal en zonas precarizadas funge como auténticos caldos de cultivo, laboratorios en los que se produce una “fase apocalíptica” (Segato, 2016: 21). Para Segato (2016) los procesos de profundización del capital producen un quiebre y regresión sobre el curso de la visión de progreso instalada en occidente y que se establece desde los umbrales de la modernidad, en las zonas más periféricas del despliegue del progreso del capital. Lo que acaece no es el avance en términos de progreso, sino más bien una “refeudalización de territorios gigantescos, lo que lanza su garra sobre los últimos espacios comunes del

planeta” (Segato, 2016: 21). El estudio fenomenológico de la violencia masculinista que elabora Segato (2016) –partiendo desde el horizonte histórico patriarcal colonialista de occidente– coincide, en gran medida, con la concreción de la subjetividad endriaga, hiperviolenta y validadora de procesos de generación de capital gore de la actualidad. Así, para Segato (2016), Ciudad Juárez entraña una lógica que retorna a formas pretéritas de generación de valor como el esclavismo, pero también a formas de articular el espacio dentro del señorío feudal, como ocurría durante el periodo de la Edad Media (Segato, 2016). Empero, eventos como el narcotráfico son sintomáticos de espacios fronterizos, en los que coinciden economías robustas y de primer mundo, con las economías precarizadas y excluidas de las periferias que padecieron la historia colonial. Alude a formaciones culturales, construcciones de la subjetividad desde el horizonte de la criminalidad como una de las posibles salidas contra el fantasma de la pobreza que gravita constantemente en tales zonas. Sectores completamente olvidados de la federación que tienen que engendrar sus propias condiciones de subsistencia desde la comarca de la lógica globalizadora y empresarial, que se sostiene en el marco de los vaivenes de la oferta y la demanda del mercado: en este caso estupefacientes, armas, tráfico de órganos, trata de personas, etc.

Entonces, los flujos entre capital lícito e ilícito se desdibujan, entretejen o simplemente se confunden, cuando los caudales criminales atraviesan el espacio de los negocios legales y la jurisdicción del Estado, creando un entramado de relaciones casi imposible de rastrear, en el que se ven implicados desde autoridades civiles, criminales y población en general, en el que el segundo Estado –el estado criminal– cubre en ocasiones necesidades de la población (Valencia, 2010). Eventos que condescienden el silencio y encubrimiento de los pobladores. Desde las crisis del neoliberalismo acaecidos desde la década de 1980 la intensa crisis económica agudizó procesos de precarización, desigualdad, lo que orquestó las condiciones para el surgimiento de las potenciales economías criminales, que ya existían desde antaño. Acontecimientos como la desregulación de los mercados, “la muerte del campo” (Federici, 2009: 49), el final de la Guerra Fría, etc., apura procesos de validación economicistas desde la concepción del fin de la historia, siguiendo a Fukuyama (2006). “Con la década de 1990 llegó una nueva reforma a la economía mexicana: el Tratado de Libre Comercio entre México, los Estados Unidos y Canadá, que se aunó al constante servilismo del gobierno para con las empresas extranjeras, (especialmente con los Estados Unidos y los países asiáticos)” (Valencia, 2010: 36). Sin embargo, siguiendo a Valencia (2010), dicho Tratado precarizó las condiciones económicas de millones de seres humanos beneficiando a una minoría diminuta de empresarios. Lo que pauperizó a las familias mexicanas adelgazando, a su vez, la gestión del Estado frente a empresarios extranjeros y nacionales. Condiciones de precarización que producen fenómenos como la *re-feudalización* de Ciudad Juárez, lo que conduce a Segato a concebir que los crímenes contra las muertas de Juárez representan un verdadero “derecho de pernada” (Segato, 2016: 48). Crímenes paraestatales de barones bestiales, mediados por una subjetividad acuñada por el capitalismo gore, que se encuentran encubiertos –y por tanto impunes– por los caudales lícitos e ilícitos,

los cuales crean diversos vasos comunicantes entre el Estado, los empresarios, la sociedad civil, grupos criminales, etc., que operan como si se trataran de barones feudales, en el que el asesinato cobra la condición de una gramática de la espectacularización de la violencia, que imprime símbolos “donde el derecho sobre el cuerpo de la mujer es una extensión del derecho del señor sobre su gleba” (Segato, 2016: 48). Crímenes que en buena medida son el resultado de la fuerza desregulada del Estado, debilitado por una lógica neoliberal, postestatal, postdemocrática, etc., mediado por la acumulación excesiva de economías informales e ilícitas, lo que produce condiciones territoriales de frontera, entramando una lucha entre:

Microfascismos regionales y su control totalitario de la provincia acompañan la decadencia del orden nacional de este lado de la Gran Frontera y requieren, más que nunca, la aplicación urgente de formas de legalidad y control de cuño internacionalista. Los misteriosos crímenes perpetrados contra las mujeres de Ciudad Juárez indican que la descentralización, en un contexto de desestatización y de neoliberalismo, no puede sino instalar un totalitarismo de provincia, en una conjunción regresiva entre postmodernidad y feudalismo, donde el cuerpo femenino es anexado al dominio territorial. (Segato, 2016: 48)

De la banalidad del mal al capitalismo gore

Las diferencias extremas en la población desde el aspecto económico y la desregulación del Estado, permiten la existencia de una serie de fenómenos como el de la impunidad con un trasfondo en el que no se pueden separar los capitales lícitos e ilícitos. La acentuación de dichas desigualdades es tan evidente que condesciende el ingreso de un poder absoluto en el que se instala “un totalitarismo de provincia” (Segato, 2016: 49), lo que propicia acontecimientos como los crímenes de mujeres de Ciudad Juárez. Se trata de una forma de dominio que se inscribe desde el espacio y la subjetividad –biopolítica– apuntando a un completo dominio territorial:

Una característica fuerte de los regímenes totalitarios es el encierro, la representación del espacio totalitario como un universo sin lado de afuera, encapsulado y autosuficiente, donde una estrategia de atrincheramiento por parte de las élites impide a los habitantes acceder a una percepción diferente, exterior, alternativa, de la realidad. (Segato, 2016: 48)

En un sentido semejante había señalado previamente Arendt (1951/1998) a propósito de la fenomenología totalitaria, opera una política invisible, puesto que el poder se trama desde el sigilo en el que intervienen desde instituciones policiacas, individuos, etc., entramando toda una dinámica de control secreto. Se trata de una política, cartografía de poder y control desde la invisibilidad, en el cual se desdibujan la esfera lícita e ilícita. El control totalitario que se manobra desde el secreto, alude a una política que emplea medios ideológicos, políticos y estructurales hasta el punto de di-

solventar la realidad fáctica, y vicariamente potencializar un circuito de relaciones lógicas y de ratificación (Arendt, 1951/1998), en el que termina instalándose una realidad consensual, válida e intersubjetiva. De ahí la noción de la autora de “la paradoja de la sociedad secreta a la luz del día” (Arendt, 1951/1998: 307). Así, para Arendt los individuos que habitan en el orden del totalitarismo adoptan un tipo de vida que no permite la crítica, “mirar otro horizonte” (Arendt, 1951/1998: 336). Así, también para Arendt, otra de las características del totalitarismo es la abolición gradual de la libertad, incluso de la espontaneidad humana, en el que fenómenos como la empatía y solidaridad devienen imposibles. Se trata de un dispositivo en el que el sujeto deviene una masa informe, adiestrada, carente de voluntad. Fenómeno que entraña la obediencia incontestada, de modo que los individuos aceptan una “política de población” (Arendt, 1951/1998: 351), que consiste en la disminución sistemática de los individuos excedentarios, que en el caso del neoliberalismo, representa a aquellos que por su debilidad económica pertenecen a los márgenes, a las periferias, representan *los nadies*, lo abyecto y el desperdicio. Individuos excedentarios que habitan en las fronteras y constituyen las víctimas de los feudos postmodernos, ante el soberano que adviene como si fuera dueño del espacio fronterizo, pero, además, de todo aquello que lo transita. Arendt (1951/1998) hace hincapié en torno a las características de la estructura del régimen totalitario, en el que los niveles de jerarquía eran difusos. Una de las constantes obedecía a la duplicidad de instituciones que ostentaban las mismas funciones tanto burocráticas, administrativas, políticas o hasta policíacas, es decir, paradójicamente, del ejercicio constante y sistemático del caos se genera su opuesto: “el control” (Arendt, 1951/1998: 346). Arendt (1951/1998) menciona que en este régimen la línea entre la culpabilidad y la inocencia se desdibuja hasta la arbitrariedad, pero también la pérdida de la libertad se diluye hasta hacerla imperceptible, se trata de habitar en un mundo ficticio que deviene real, operar y morar conforme a sus reglas. Entonces en el entramado de un régimen totalitario la dignidad humana se transmuta a calibraciones, cifras y modulaciones del mecanismo general, de ahí, que se condesciende a su asesinato sin mayores consecuencias (Camus, 1954). Pero, asimismo, no se mata seres humanos, sino otra cosa, aquello que no alcanza el grado de humanidad, aquello que se encuentra por debajo. Puesto que el asesinato –perpetrado contra poblaciones por el régimen fascista totalitario– no solo representaba la muerte física del individuo, sino que apelaba a un desmoronamiento de su condición humana, mediante el quiebre de sus condiciones jurídicas, psicológicas, morales, físicas, siguiendo a Primo Levi (2010). En este orden de ideas, el campo de concentración representaba, además, un laboratorio en el que se disolvían no solamente los cuerpos, sino la condición humana en términos de degradación ontológica. “[...] el hecho de que a ningún crimen humano podría haber correspondido este castigo, y a ningún pecado imaginable este infierno en que el santo y el pecador eran degradados por igual al estatuto de posibles cadáveres” (Arendt, 2005b: 246). Así también continúa esta última autora:

Los campos de concentración pueden ser correctamente divididos en tres tipos, correspondientes a las tres concepciones básicas occidentales de la vida después de la muerte, Hades,

Purgatorio e Infierno. Al Hades corresponden esas formas relativamente suaves, antaño populares en los países no totalitarios, para apartar del camino a los elementos indeseables de todo tipo —refugiados, apátridas, asociales y parados—; como los campos de personas desplazadas, que no son nada más que campos para personas que se han tornado superfluas y molestas, sobrevivieron a la guerra. El Purgatorio queda representado por los campos de trabajo de la Unión Soviética, donde la desatención queda combinada con un caótico trabajo forzado. El Infierno, en el sentido más literal, fue encarnado por aquellos tipos de campos perfeccionados por los nazis, en los que toda la vida se hallaba profunda y sistemáticamente organizada con objeto de proporcionar el mayor tormento posible. (Arendt, 1951/1998: 357)

En el contexto del neoliberalismo actual, el programa político-económico que produce titánicas desigualdades para la gran mayoría de seres humanos, el proyecto neoliberal globalizado, como único horizonte de sentido común, imposibilita —en gran medida— mirar otros espacios. Como si se tratara de una realidad ontológica inscrita en la naturaleza.

El siglo XX albergó el auge de las distopías totalitarias que amenazan con sacudir aún con una fuerza inusitada. El campo de concentración funge como un campo que disuelve la espontaneidad humana y amenaza con mostrarla como un mero flujo fantasmal. En tanto que los individuos aparecen y desaparecen en un juego de sombras, sin ninguna consistencia, es decir, transforma a los individuos en superfluos, lo cual para Arendt representa, *stricto sensu*, la verdadera esencia del totalitarismo. Construir a hombres superfluos, vanos, reemplazables, como si nunca hubieran existido, personifica el funcionamiento del dispositivo del totalitarismo. Se trata de un mecanismo que produce que las masas sean vanas, desplazadas, diluidas e irrelevantes (Arendt, 1951/1998). Es decir, estos, los sujetos, devienen sobra, desperdicio, pero también alude a un individuo que se sumerge en la masa, en tanto que posee una incapacidad para pensar críticamente, autónomamente, emulando al automatismo del dispositivo, adviene un mero engranaje ciego de acción y reacción que articula banalmente —es decir, siempre puede ser reemplazado— un mecanismo que fabrica una superestructura de legitimación (Bea, 2010). El totalitarismo se trata de la implementación de un andamiaje de relaciones en el que el crimen no tiene conexión con la culpa, que persigue su propia lógica indiferente a la fatalidad y tragedia humana, a través de la instauración de un dispositivo de supra sentido (Arendt, 2005a). Así, el régimen totalitario desdibuja la realidad fáctica y conduce a habitar en el mero circuito de la coherencia interna de un sistema, en el mero ejercicio del artificio humano, en el que el poder ya no pertenece al sujeto sino al dispositivo, como sucede con el mercado económico mundial. Se trata de una súper-estructura, un dispositivo que produce víctimas, desarraigados, olvidados y marginados del desenvolvimiento del progreso, lo cual funge como único horizonte común.

Esto mediante las cristalizaciones del capital, manifestaciones que en su último reducto encarnan *necroemprendimientos* del capitalismo gore. Súper estructura que introduce en su dinámica la banalización de los hombres, en tanto que estos únicamente representan instrumentos, insumos, números, cifras en el espacio de la producción de valor, de modo que su asesinato personifica el último bastión fenoménico de la acumulación del capital. Acontecimiento próximo que sentencia Arendt con la expresión: “la banalidad nihilista del homo homini lupus” (1951/1998: 368). Una banalidad que se erige mediante instrumentos, dispositivos y tecnologías que instauran el sentido, pero también el terror. De modo que estos artefactos representan los andamiajes que erigen la superfluidad, entonces, los sujetos devienen excedentes, movimientos, vaivenes, cifras y abstracciones del mecanismo, por ejemplo, en la lógica del mercado financiero mundial (Arendt, 1951/1998).

Para Arendt (1998) las soluciones totalitarias pueden sobrevivir bajo la forma de una huella que amenaza con activarse. En tanto que la noción de dignidad humana estriba en la potencia económica del agente, de modo que la producción de la muerte ha llegado a representar la forma del importe económico más preponderante en el horizonte actual: la generación del cadáver, como el auténtico recoveco de la agenda distópica planetaria; se trata de un totalitarismo de mercado. Nuestro mundo contemporáneo cartografiado por la impronta de los modelos de información, producción, comercio, comunicación, etc., produce una serie de catástrofes, los *nadies*, las masas económicamente desarraigadas, superfluas y excesivas que habitan en las periferias del mundo, en las fronteras, y que son presas fácilmente de los grupos distópicos de la tendencia globalizadora mundial, léase grupos de criminales, las víctimas que padecen en su propia carne el también desastre del progreso. En este sentido, dentro de la lógica del capitalismo y su último bastión, el capitalismo gore, el concepto de persona es imposible, puesto que esta solo deviene correlato del capital. El sujeto acontece una mera ondulación en el mar de información de algoritmos financieros, deviene superfluo, desecho y desperdicio, hasta el grado de que su eliminación mediante la violencia condesciende impunidad. En este contexto, la superfluidad de los hombres consiste en la articulación de un individuo arrojado únicamente a la búsqueda del máximo beneficio, habitante de territorios precarizados como sucede con los espacios que comparten la frontera entre el país más poderoso del mundo y uno en vías de desarrollo, como sucede en el caso de México. Territorios en los que el trabajador habitual nunca podría reunir los capitales “en sus vidas comunes como subempleados, pequeños negociantes y desempleados” (Hernández Madrid, 2014), aún para financiar la existencia más modesta. De modo que integrarse a las filas del narcotráfico para millares de personas precarizadas por las asimetrías económico-político planetarias, se ha convertido en el único espacio posible, pero también, dicho fenómeno se avala y consiente dentro de las esferas gubernamentales, bancos, casas de armas, comercios, empresas, etc. El crimen organizado se ha convertido en uno de los bastiones –desgraciadamente– imprescindibles de nuestras sociedades. Al grado de que es tolerado en cierta medida por el Estado puesto, que:

[...] en México el narcotráfico y la criminalidad en general desempeñan más de un rol que beneficia al Estado. Ya que, por un lado, representan una parte elevada del PIB del país y, por otro lado, el Estado se beneficia del temor infundido en la población civil por las organizaciones criminales, aprovechando la efectividad del miedo para declarar al país en estado de excepción. (Valencia, 2010: 37)

De modo que las autoridades, a nivel global, no buscan erradicar a los cárteles criminales, sino limitarlos y utilizarlos para sus estrategias, puesto que su supresión traería demasiadas consecuencias negativas a la economía, como sostiene Žižek (2016), análogo a la caída de los grandes bancos: “son demasiado grandes para caer” (Žižek, 2016: 54).

Conclusiones

Atendiendo algunas categorías del análisis fenomenológico del totalitarismo de Arendt (1951/1998), que hemos revisado lo largo del presente texto, tales como: a) sociedad secreta a la luz del día, b) tecnológicas del terror, c) disolución de la condición humana, d) neutralización de la libertad, e) ejercicio de control soberano, d) sentido de totalidad sin alteridad, e) banalidad del mal, etc., concluimos que dichas propiedades presentes en los regímenes totalitaristas entrañan bastantes parecidos de familia, con mecanismos del imperialismo cultural del mercado, y las formas que cobra el proyecto neoliberal en la actualidad. De modo que este último produce eventos distópicos que son oriundos dentro de la lógica del capitalismo tardío, tales como el capitalismo gore. En este sentido, el proyecto del capitalismo, y su manifestación actual, el neoliberalismo que fungía como una aspiración utópica en términos de derivación del proyecto ilustrado, que siguiendo a autores como Horkheimer y Adorno (2005), prometía disolver la esfera de la necesidad humana, a través de la intervención de un tipo de racionalidad científico-técnica, hasta alcanzar la plenitud, momento álgido en el que se consolidaría el proyecto de la modernidad. La aspiración del programa moderno que se erige desde los albores del siglo XVI, entreteje -a la postre- representaciones con base en una racionalización instrumental, en tanto que prescribe que la prenda del auténtico saber se concreta en dispositivos de control-poder, lo cual demanda la formación de una subjetividad concretada en mecanismos de fuerza y dominio, hasta alcanzar la forma de *necrodispositivos* que se especializan en los regímenes totalitarios.

Empero, sostenemos que las formas de la distopía del programa del neoliberalismo planetario actual, representan -a su vez- su rostro más nativo, manifestaciones que se solidifican en las representaciones actuales del capitalismo gore, en el cual la producción de la muerte -de la condición humana y disolución cuerpo- advienen el último reducto de la generación de valor de capital, -el producto de los necroemprendimientos- allende de la concepción de generación de valor bajo el análisis de la plusvalía que había señalado Marx (1867/2010). Distopía que se concreta en la reducción del individuo a su condición superflua, en el que este acontece reemplazable, heterónimo,

acrítico, una subjetividad superpuesta por los mecanismos de control, seducción y poder biopolíticos, en el que se ha internalizado un tipo de andamiaje y programa político –que en el caso de la subjetividad capitalista, se entreteje bajo un horizonte económico- coincidiendo con la banalización de la cultura y la sociedad, en el marco de la traza del programa totalitario, siguiendo el análisis fenomenológico de Arendt (1951/1998).

El fenómeno del totalitarismo articula condiciones en las cuales se despliega, sostiene y configuran las subjetividades vigentes, maniobra en torno a la construcción de identidades inscritas por el andamiaje –que en el caso geográfico de la frontera-, de condiciones fenoménicas como el desempleo, la carencia de oportunidades, la migración, zonas precarizadas, la pobreza, marginación, etc., para erigir un tipo de sujeto endriago, indiferente al peligro, en busca de la única posible solución para salir de la pobreza, lo cual, para Bolaños (2013) representa una invisibilización de los grupos más vulnerables, lo que significa la negación de sus derechos aún más básicos. Así, la subjetividad de frontera, o de desterritorialización siguiendo Haesbaert (2013), representa el correlato de un Estado fallido, de la violencia, de la lucha por el poder y dominio. Formaciones subjetivas que encarnan los proyectos distópicos del capital que delatan un andamiaje de injusticias, estructurales, históricas, políticas, económicas, condiciones que multiplican a los grupos de poder criminales. Sujetos endriagos que nutren constantemente a los cárteles del crimen organizado, representa –en no pocas ocasiones-, el único horizonte posible ante la carencia de oportunidades laborales, o para disuadir al fantasma de la migración que gravita constantemente. Valencia (2010) menciona que la delincuencia organizada opera bajo el auspicio de una suerte de *necroemprendimientos* con las mismas lógicas capitalistas y empresariales: “ansiosos por obedecer la ley de la oferta y la demanda” (Valencia, 2010:40). Se trata de una categoría del emprendimiento, como uno de los bastiones más poderosos de las lógicas capitalistas, en las cuales todo es susceptible de comercialización, aún la vida humana, la dignidad, o su cesación en forma de producción de muerte. Entonces, opera la representación fenoménica del cadáver como el último producto de generación de valor del capital, que a diferencia de Valencia (2010) consideramos que el capitalismo gore no representa una anomalía dentro del horizonte de la razón del mercado mundial, sino corresponde a su último estadio y auténtica silueta. Empero, los *necroemprendimientos* del capitalismo gore operan bajo lógicas semejantes a la de los regímenes totalitarios, que fungen como auténticos *laboratorios* que disuelven la condición humana, hasta el grado de su banalización y asesinato impune (Arendt, 1951/1998). Sociedades secretas a la luz del día en la que operan sujetos endriagos capacitados en técnicas de especialización de la violencia, lo que representa el correlato natural de una lógica predatoria de banalización de los individuos, cara a la precarización estructural: laboral, económica, política, jurídica de los sujetos; frente a las demandas cada vez más inhumanas y totalitarias del mercado neoliberal global. **P**

BIBLIOGRAFÍA:

ADORNO, Theodor y HORKHEIMER, Max 1947 (1998). *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Juan José Sánchez (Trad.). Madrid: Trotta.

AGAMBEN, Giorgio (2021). *Homo Sacer, Edizione Integrale 1995-2015* [Homo sacer, Edición integral]. Italia: Quaderni Quolibet 59.

ARENDT, Hannah 1951 (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Guillermo Solana (Trad.). Madrid: Taurus.

ARENDT, Hannah 1958 (1998). *The human condition* [La condición humana]. Chicago: University of Chicago Press.

ARENDT, Hannah (1964). *Eichmann in Jerusalem, a report of the banality of evil* [Eichmann en Jerusalem, una investigación de la banalidad del mal]. New York: The Viking Press.

ARENDT, Hannah (2005a) "Culpa organizada y responsabilidad universal". En *Ensayos de comprensión 1930-1954* Agustín Serrano de Haro (Trad.). Madrid: Caparrós Editores.

ARENDT, Hannah, (2005b). "La imagen del infierno". En *Ensayos de comprensión 1930-1954. Escritos no reunidos e inéditos de Hannah Arendt*. Agustín Serrano de Haro (Trad.). Madrid: Caparrós Editores.

ASTORGA, Luis (2003) "Drug Trafficking in Mexico: A First General Assessment. Management of Social Transformations" [El narcotráfico en México: Un primer balance general. Gestión de las transformaciones sociales], UNESCO. París. Discussion Paper, N° 36. <<http://unesdoc.unesco.org/images/0011/001176/117644eo.pdf>>

BANERJEE, S. B. (2008). "Necrocapitalism. Organization Studies" [Necrocapitalismo. Estudios de organización]. *City Research Online*. University of Western Sydney: College of Business. N° 29(12). <https://doi.org/10.1177/0170840607096386>.

BAUMAN, Zygmunt (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Pablo Hermida Lazcano (Trad.). Barcelona: Paidós.

BEA, Emilia (2010). “Notas para una biografía intelectual y espiritual”. En Bea Emilia (Ed.). *La consciencia del dolor y la belleza*. Jesús Alborés Rey (Trad.). Madrid: Trotta.

BENACH, Núria y ALBET, Abel (2012). *Doreen Massey. Un sentido global del lugar*. Barcelona: Icaria, Colección Espacios Críticos.

BENJAMIN, Walter 1982 (2005). *El libro de los pasajes*. Luis Hernández Castañeda, Isidro Herrera, Fernando Guerrero. (Trads.). Madrid: Akal.

BOLAÑOS, Bernardo. (2013). *Esclavos, migrantes y narcos. Acontecimiento y biopolítica en América del Norte*. Mexico: UAM Cuajimalpa, Juan Pablos Editores.

CAMUS, Albert (1954). *L'Homme revolté* [El hombre rebelde]. Paris: Gallimard

CORTINA, Adela (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre*. Un desafío para la democracia. Barcelona: Paidós.

DUVERGER, Christian (1983). *La flor letal: economía del sacrificio azteca*. Juan José Utrilla (Trad.). México: FCE.

ESTÉVEZ, Ariadna (2015). “The Endriago subject and the dislocation of state attribution in human rights discourse: the case of Mexican asylum claims in Canada” [El sujeto endriago y la dislocación de la atribución estatal en el discurso de los derechos humanos: el caso de las solicitudes de asilo mexicanas en Canadá]. *Third World Quarterly*. London: Routledge. N° 36 (6). <https://doi.org/10.1080/01436597.2015.1047201>

FEDERICI, Silvia (2009). *Caliban and the Witch. Women the body and privimate accumulation* [Caliban y la bruja. El cuerpo de las mujeres y la acumulación originaria]. New York: Autonomedia.

FOUCAULT, Michel (2004). *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France (1978-1979)*. [El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Colegio de Francia (1978.1979)]. Paris: Gallimard.

FUENTES Díaz, A. (2012). “Necropolítica y excepción. Notas sobre Gobierno, violencia y subjetividad en México y Centroamérica”. En A. Fuentes Díaz (Ed.). *Necropolítica, violencia y excepción en América Latina*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

- FUKUYAMA, Francis (2006). *The end of history* [El fin de la historia]. New York: Free Press.
- GALEANO, Eduardo (2018). *Amares*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- GALLEGOS, E. E. (2013). “Espacio público, temporalidad biopolítica e inmunidad”. En G. Pérez (Ed.) *Temas selectos de la teoría política contemporánea*. México: UAM-Cuajimalpa.
- GARCÍA L., Álvaro (2017). “La globalización ha muerto”. *Educere*, Venezuela: Universidad de los Andes. N° 21(68) Recuperado de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35652744017>.
- HAESBAERT, Rogério (2013). “Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad”. *Cultura y representaciones sociales*. N° 15 (8).
https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-81102013000200001.
- HAN, Byung-Chul (2014). *Psicopolítica*. Alfredo Bergés (Trad.). Barcelona: Herder.
- HAN, Byung-Chul (2017). *La sociedad del cansancio*. Arantzasu Saratzaga Arregi y Albert Ciria (Trads.). Barcelona: Herder.
- HEIDEGGER, Martin 1959 (2002). *Serenidad*. Ives Zimmermann (Trad.). Barcelona: Ediciones del Serbal.
- HERNÁNDEZ Madrid, Miguel (2014). “La banalidad del mal y el rostro contemporáneo de su ideología en una teleserie del narcotraficante Pablo Escobar en Colombia”. *Intersticios sociales*. México: Jalisco. N° septiembre. 2014. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=421739501004>.
- KEELEY, Brian (2018). *Desigualdad de ingresos. La brecha entre ricos y pobres*. Gilda Moreno Manzur (Trad.). Universidad Nacional Autónoma de México: OCDE.
- LEVI, Primo 1957 (2010). *Si c'est un homme* [Si esto es un hombre]. France: Best-Roman-Grand Public.
- MARION Young, Iris (2000). *La justicia y la política de la diferencia*. Silvina Álvarez (Trad.). Madrid: Ediciones Cátedra.
- MARX, Karl 1867 (2010). *El capital. Libro primero, el proceso de producción del capital*. Pedro Scaron (Trad.). España: Siglo XXI Editores. [Volumen I].

MBEMBE, Achille (2011). *Necropolítica, seguido sobre el gobierno privado indirecto*. Elisabeth Falomir Archambault (Trad.). España: Melusina.

MCCARTY, John (1984) *Splatter Movies: Breaking the Last Taboo of the Screen* [Películas salpicadas: rompiendo el último tabú de la pantalla]. Nueva York: St. Martin's Press.

MEZZADRA, Sandro; Nielson Brett (2014). "Fronteras de inclusión diferencial. subjetividad y luchas en el umbral de los excesos de justicia". *Papeles del CEIC*. País Vasco: Universidad del País Vasco. N° 113. <http://dx.doi.org/10.1387/pceic.12980>

NAVARRO Fuentes, Carlos Alberto (2021). "Necropolítica, biopoder, biopolítica y resistencias distópicas". *Sincronía*. México: N° 79. DOI: 10.32870/sincronia.axxv.n79.22a21

NOZICK, Robert 1974 (1999). *Anarchy, state and utopy* [Anarquía, Estado y utopía]. Oxford: Blackwell Publishers Ltd.

RAWLS, John 1971 (1999). *A theory of justice*. [Teoría de la justicia]. Harvard University: The Belknap Press.

SEGATO, Rita (2016). *La Guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de sueños.

SLATER, David (2013). "Space, Democracy and Difference: For a Post- colonial perspective". En: Featherstone, David; Joe Painter (Eds.). *Spatial Politics. Essays for Doreen Massey*. Pondicherry, India: Wiley-Blackwell.

SMITH, Adam 1776 (1977) *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations* [Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones]. Edwin Cannan (Ed.). USA: University Of Chicago Press.

SOJA, Edward (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Verónica Hendel y Mónica Cifuentes (Trad.). Madrid: Traficantes de sueños.

SOLÍS, González J.L. (2013). "Neoliberalismo y crimen organizado en México: El surgimiento del *Estado narco*". *Frontera norte*. México: Baja California. N° 50, jul-dic. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=So187-73722013000200002

TORRALBA, Francesc (2005). *¿Qué es la dignidad humana? Ensayo sobre Peter Singer, Hugo Tristram Engelhardt y John Harris*. Barcelona: Herder.

VALENCIA, Zayak (2010). *Capitalismo gore*. España: Melusina.

VILLA, Dana (2001). *The Cambridge Companions to Hannah Arendt*. Cambridge: University Press.

VILLATORO, Carolina (2012). "Aspectos socioculturales e imágenes del narcotráfico". *Imagonautas*. Guatemala: Universidad Rafael Landívar. N° 3 (1). Recuperado de: <https://revistas.usc.edu.co/index.php/imagonautas/article/view/73>

WORNAT, Olga (2020) *Felipe el oscuro. Secretos, intrigas, y traiciones del sexenio más sangriento de México*. México: Planeta.

ŽIŽEK, Slavoj (2016). *Problemas en el paraíso. Del fin de la historia al fin del capitalismo*. Barcelona: Anagrama.



Acceso Abierto. Este artículo está amparado por la licencia de Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Ver copia de la licencia en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>